

Miguel Angel de Rus

**237 RAZONES PARA EL SEXO,
45 PARA LEER**

Colección Cercanías
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© Miguel Angel de Rus
De la edición: © Ediciones Irreverentes
Octubre 2007
Ediciones Irreverentes S.L.
<http://www.edicionesirreverentes.com>
editor@edicionesirreverentes.com
ISBN: 978-84-96959-02-6
Depósito legal:
Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.
Imprime: Publicep
Impreso en España.

237 razones para el sexo, unas 45 para leer

Una de esas universidades norteamericanas que no tienen nada importante que hacer y buscan publicidad elaborando estudios curiosos y generalmente sin ningún fundamento, hizo público hace poco un trabajo según el cual hay 237 razones para tener relaciones sexuales. La **Universidad de Texas** (Austin) hizo una encuesta entre 1.549 ciudadanos de los que nada sabemos –quizá de esos que llevan pantalones cortos, gorra de béisbol y calcetines blancos– y encontró razones para fornicar como “para quemar calorías” o “para cambiar el tema de conversación”. Otros dicen hacerlo para “para tener hijos”, “por placer”, para “aliviar la tensión sexual”, “para reducir el estrés”, “por deseo físico” o por “búsqueda de experiencias”. Incluso uno afirmó, “lo hice para vengarme porque mi pareja me engañó” y otro no menos sabio “porque estaba borracho”. La razón más extraña es “para quitarme el dolor de cabeza”. Algunas de las personas que participaron en la investigación afirmaron que tenían relaciones sexuales para sentirse poderosas, mientras que otras lo hacían justo para lo contrario, para degradarse

Estas razones se engloban en cuatro grupos: motivos físicos, utilitaristas, emocionales y los que se nutren directamente de la inseguridad.

Las respuestas no difieren mucho de las que podrían haber dado un simio, una loba o un chucho si supieran hablar. No eran especialmente relevantes. Así pues, me dije, ya que una universidad yanqui se dedica a buscar razones para los instintos del hombre, vamos a meditar sobre lo que separa al hombre del animal: el intelecto, y preguntemos a escritores y lectores por qué leen. Si lo hace la universidad de Texas, yo no voy a ser menos.

Tenía muy claro que yo comencé a leer porque la vida me parecía aburrida, escasa, porque me atraían los libros, sus formas, su olor, sus palabras, las miles de historias que podía vivir sin tener que soportar a nadie que lo estropeará, pero quería saber qué mueve a leer –y no precisamente el Marca o el Hola– a los otros.

Los razonamientos son de gran interés y muy variados, aunque ni de lejos alcanzan los 237 motivos que se aducen para el sexo. En todo caso, he recabado unas 45 razones, aproximadamente, que tienen gran valor. Al parecer el actual presidente del gobierno español escribió un texto con sus propios argumentos, pero tras leerlo, llegué a la conclusión que las razones aquí expuestas eran más interesantes. Vamos con ellas.

Horacio Vázquez Rial, escritor de primera línea, autor de novelas como *La Isla inútil* o *Frontera Sur*, finalista del Premio Nadal y del Plaza y Janés, ganador del Premio Generación del 27, me confesó “La verdad es que yo no he encontrado 237 razones para practicar el sexo. Siempre me las he arreglado bastante bien con cuatro o cinco, y la mayor parte del tiempo con sólo un par o, en circunstancias apuradas, con una. Cierto: para leer, casi nunca hay circunstancias apuradas, de modo que uno puede apañarse hasta con menos. Yo empecé a leer de manera constante cuando descubrí que había gente capaz de decir lo que yo pensaba y no conseguía expresar. En primer detonador de una adicción es la exaltación del yo (sea o no real, es lo que se siente), y eso se logra mediante la identificación soberbia: **Kant**, o **Hesse**, o **Pessoa**, piensan lo mismo que yo. Y a partir de ahí, el resto del camino se hace solo. El segundo detonador, en mi caso, fue el descubrimiento de que yo también podía hacerlo, porque leyendo, uno aprende a poner las cosas en palabras propias. Hace mucho que leo porque escribo y viceversa. Las dos cosas me dan un enorme placer. Y no necesito más.”

Otro grande de las letras en español, el poeta, Premio Nacional de Traducción y ex director de la Biblioteca Nacional y ex Secretario de Estado de Cultura, **Luis Alberto de Cuenca**, sostiene que “encuentro tantas razones para leer que no podría enume-

rarlas. Sería más fácil dar las razones que podrían esgrimir los defensores de la no lectura, porque serían, en el caso que las hubiese, poquísimas. Sólo los imbéciles o los analfabetos pueden negarse a la única actividad plena y característicamente humana: la lectura.”

No se sabe si con un punto de ironía o de saudade, quizá debido a que es gallego de los de las leyendas, el autor de novelas como *Marea baja* y *El vidente*, **José Enrique Canabal**, al pedírsele una declaración de sus razones para leer, afirma que “para mí, actualmente leer no es una confesión sino una inspiración de desdicha; por ello, cuando yo leo, empiezo a leer los libros de atrás a delante; así, si me fenezco antes de acabarlo, al menos conoceré el final.”

Manuel Cortés Blanco, autor que está teniendo un gran éxito con su segundo libro *Cartas para un país sin magia* prefirió usar las palabras de autores a los que admira; “como dijo **Pablo Neruda**, “Muere lentamente quien no viaja, quien no lee, quien no oye música, quien no encuentra gracias a sí mismo. **Mempo Giardinelli** afirmó que Un pueblo que no lee está condenado a la extinción. Y la tercera, mi frase favorita es del irreverente autor francés **Michel Houellebecq**: Vivir sin leer es peligroso: obliga a conformarse con la vida. Creo que es la frase que mejor define por qué amamos la literatura.”

Antonio López del Moral, guionista de TVE y escritor de reciente éxito con su novela erótica, *Cuando fuimos agua*, defiende el valor vital de la literatura, “Es la única forma en la que podemos contemplar a **Emma Bovary** haciendo sexo. Leer te permite fisgar en las vidas de los demás sin que te tilden de adicto a la telebasura. Escuchar la voz del **Lazarillo de Tormes**, aspirar los olores picantes de las axilas de **Sancho Panza**, deleitarte con el sabor de la escueta sopa de garbanzos del **Buscón**, o practicar la realidad virtual mnemónica con la magdalena mojada en té, son experiencias más allá del límite que sólo se llegan a vivir a través de la lectura o de ciertas drogas. Créanme: los libros salen mucho más baratos, y al terminar no te duele la cabeza.”

Buscando en Internet encontré unas frases interesantes de **Arturo Pérez Reverte**; “lee como mínimo a **Quevedo** y a **Cervantes**, échale un vistazo al teatro y la poesía del siglo de Oro, conoce a **Moratín**, que era madrileño, a **Galdós**, que era canario, a **Valle-Inclán**, que era gallego, a **Pío Baroja**, que era vasco.” Y en Internet también encontré tres respuestas simpáticas, que no aportan demasiado al debate, pero tienen una cierta parte razonable; la del portugués **Lobo Antunes**, “Leo porque no sé bailar como **Fred Astaire**”; la de **Hernán Migoya**, “Mientras lees un libro, no hay peligro de que mates a nadie”, y la de **Javier Cercas**, “son las mismas que encuentro para follar o para comer jamón de jabugo. Si hay gente a la que no le gusta follar ni comer jamón de jabugo, allá ellos.”

Anika Lillo, responsable de la muy interesante web literaria Anika entre libros, me dijo “para echar la vista atrás y descubrir que has aprovechado el tiempo”; **Alberto Castellón** reciente ganador del premio **Felipe Trigo**, y autor de la muy alimenticia novela erótica *Victoria y el fumador*, aseguró muy serio “Es como si me preguntaran que por qué me fumo un cigarrillo tras las comidas. Pues por qué va a ser, porque me gusta, o dicho de otra forma, porque me da la gana. Otra razón más: Porque la vida es muy corta, y el día sólo tiene veinticuatro horas, y hay tantos libros pendientes...”.

Francisco Legaz, aún finalizando la promoción de su segunda novela, *Un viaje hacia el abismo*, y ya a punto de publicar la tercera, respondió “Cuando el sexo lo tienes un poco difícil, lo mejor es leer. Leer es algo sexual, como todo lo que hacemos en la vida. Hay una buena razón para leer, y no es otra que el sexo. Una de las razones principales para leer, es el sexo, sobre todo el femenino. Son las únicas que leen. Hay otra buena razón, después de tirarte en el colegio más de diez años, aprendiendo a leer, hay que rentabilizar la inversión. Lee. Si nunca lees, será por algo. Si no paras de leer en todo el día será por algo. Si no paras de hacer sexo en todo el día, será por algo Si no haces ni sexo, ni lees, será por algo. Algo... todos sabemos lo que significa ese algo.”

La escritora ibicenca afincada en Edimburgo **Carmen Matutes** autora de la novela *Andrea (s)* remató “Puedes trasladarte a otra esquina del universo desde donde quizá uno puede alcanzar una perspectiva distinta, ni mejor ni peor, seguramente, pero definitivamente diferente de la que –quizá sólo hasta entonces– era la propia. La lectura da la capacidad de ver a través de otros ojos, escuchar con otro oído y procesar la información con otras neuronas –aunque claro, es necesario abrir los propios ojos, afinar el oído propio y usar las neuronas que a uno le queden–. Seguramente por todo lo anterior contribuye a abrir la mente, a hacernos menos provincianos –siempre, claro está, que sepamos leer también a quienes provienen de otra provincia, de otra esquina de un universo físico o figurado.– Al menos en teoría eso favorecería la convivencia... definitivamente no leemos suficiente.”

Una respuesta que intenta conciliar sexo y literatura es la de **Antonio García Montes**, que acaba de presentar el libro de reflexiones *Los nuevos proscritos*, quien afirma “Una razón de peso para leer buena literatura, es que se puede ejercitar de paso y al alimón la típica gayola; así consigues andar incluido en las dos opciones.” También encuentra razones para unir sexo y literatura **Álvaro Díaz Escobedo**, autor del libro erótico *Esencia de mujer*, quien cree que “Las razones son las mismas, sin duda. Haciendo el amor ejercitamos el cuerpo; practicando la lectura desarrollamos la mente y la imaginación. Por consiguiente, un coito, un libro..., o viceversa. Al fin y al cabo, todo hace referencia a cuestiones de mucho gusto. También se podría decir con otras palabras, que textualmente no recuerdo, pero que fueron dichas por **Madame Swetchine**: Frente a una tumba nadie me responde, pero me oyen; leyendo un libro nadie me oye, pero obtengo muchas e interesantes respuestas. Y la tercera y última razón, aprendemos más. A veces, a través de la buena lectura los sueños se hacen realidad. Leo, luego existo.”

El autor del libro *La Xpina*, **Guillermo Sastre**, afirma, que “me confabulo con el juego de la imaginación. Amplifico lo nimio y minimizo la magnitud del escritor para revertir la conven-

cional y preconcebida existencia real al goce imaginativo, subvirtiéndome y remodelándome, influenciado por el autor. ¿Qué escritor no está influenciado? El deporte de la imaginación es infinito. Me divierto a mí mismo, aprendiendo de los demás, vacunándome de las depresiones emocionales y de las opresiones del mundo exterior.”

Buscando opiniones de lectores, pregunté a los ciudadanos más anónimos en un foro literario por las razones que tienen para leer, y el resultado fue muy interesante; Verónica contestó “Hace vivir otras vidas, desarrolla la inteligencia, mejora el lenguaje, y predispone al deseo”. José María dejó escrito “Porque la falsedad de la novela nos ayuda a soportar y comprender la realidad”, Anna escribió “Porque un día descubrí que la lectura hace lo mismo que el Tranquimazin y sin efectos secundarios: me relaja”, que es, sin duda, una de las respuestas más esclarecedoras; Victoria escribió “Para vivir más, para detener el tiempo” y Augusto afirmó que “Al leer eres **Cyrano de Bergerac**, el **Marqués de Bradomín**, **Edmond Dantés** o el **Lobo Hombre**. Lo cotidiano desaparece y la vida brota en ti”, relativamente cercano a lo firmado por Aurelio, “La vida es gris y llegado a un cierto punto se comprende que sus límites son opresivos e insalvables. La literatura agranda el mundo y le dota de un orden.”

En Internet se puede encontrar lo que dejó escrito **Joaquín Leguina**, “Leemos porque nos es imposible conocer a toda la gente a la que desearíamos poder escuchar. También, porque la amistad es vulnerable y puede desaparecer a manos de la incompreensión y de la muerte. El deseo de leer consiste en preferir. Amar, a fin de cuentas, es regalar nuestras preferencias a quienes preferimos y estos sutiles repartos pueblan nuestra libertad. A menudo, lo único que nos habita son los amigos y los libros. He dicho que la lectura es un placer profundo y solitario, pero también nos permite conocer al otro y conocernos a nosotros mismos.”

También se puede leer en la red lo que afirmó **Gustavo Martín Garzo**” La literatura nos devuelve la capacidad de sentir, hace que nuestro corazón se llene de preguntas, es la voz del atre-

vimiento y del cuidado” y como dijo **Rodrigo Fresán** “Leer es una de las pocas formas de la soledad socialmente aceptadas por un mundo que tiende a sospechar de las actividades en singular. Decir “ahora no, estoy leyendo” es un escudo y decir “lo leí en un libro” es una lanza. Así, un libro es un arma de construcción masiva.”

Estoy escribiendo este artículo el día siguiente de la muerte de **Francisco Umbral**. Su casa –su dacha– es todo un canto a la literatura, con libros en todas las paredes, se mire donde se mire. Umbral es su literatura. Acabo de regresar del velatorio y escucho en algún medio de comunicación unas muy antiguas declaraciones, en las que afirmaba “leer y escribir es algo eminentemente lúdico.” Él debía saberlo, ya que dedicó toda su vida a ello. En una entrevista situaba a los amigos y a sus personajes en el mismo plano, “Yo lo que hago es hablar de mi vida, de mis escritores, de la gente que he frecuentado en la literatura y en la amistad.”

La última razón –aunque se podrían citar más, sin duda– es una frase de **Gustave Flaubert** en una carta a **Louise Collet**: “¡Lee para vivir!”

Si alguien ha leído estas páginas, (con el MP3, el cine norteamericano y el teléfono móvil ya no es necesario usar el cerebro), quizá haya encontrado alguna razón nueva para leer, o quizá piense que sus razones son mejores. Habrá quien haya pensado “...estos letraheridos y sus problemas absurdos.” Pero hay razones para animar a disfrutar de la novela, la historia, el teatro o el ensayo; quizá en el dato de que la mitad de los españoles no leen nunca, pueda estar la explicación de que España sea el país del mundo con más abortos de adolescentes, que en 2006 y 2005 la superficie quemada en España superara a la del resto de Europa, (en 2007 nos gana Grecia, otro país poco dado al libro) y que tengamos los políticos que tenemos.

Lástima que no haya universidades que investiguen por qué la gente no lee. Lástima que esa gente de ahí fuera no lea. Sería tan bonito ver en las carreteras no sólo camiones cargados de leche Pascual, de embutidos Campofrío y de helados Nestle, sino ver también camiones cargados de libros, libros llenos de ideas, de

vivencias, de propuestas. Quizá el problema sea, como dijo **Luis Antonio de Villena**, que en España no se lee porque hacer demasiado buen tiempo. El sol tiene la culpa.

(Publicado en Cuadernos para el diálogo)

Soledad, sexo y cáncer de cuello útero

Michel Houellebecq es quizá el novelista actual que mejor ha sabido mostrar el vacío del hombre contemporáneo en la sociedad liberal, una sociedad formada por perdedores que se consuelan de su soledad por medio del sexo y del consumo. Desde que *leí Ampliación del campo de batalla*, en el que las personas se muestran en el ámbito profesional como las ratas que son, y en el ámbito sexual como vencedores y vencidos en una batalla en la que no hay moral, he sido uno de los más insistentes publicistas de **Houellebecq**. *Las partículas elementales*, obra en la que **Houellebecq** caricaturiza a los patéticos hijos del 68 francés y a las modas de pensamiento que impuso, vuelve a burlarse del sexo como forma de desprenderse de la propia conciencia por medio de un profesor de literatura consumidor de pornografía. Insiste con el turismo sexual organizado en *Lanzarote*, y en *Posibilidad de una isla* el sexo es informático. Sus descripciones son como el dedo que entra en la llaga y molestan a los bienpensantes a la moda, pero los mismos que le critican por su dureza son los que van a Hispanoamérica a tener una muchachita a su servicio sexual el mes menos horrible de su año; o a Asia, a alquilar menores, o son las hordas británicas o nórdicas que vienen a España en verano a fornifollarse lo que encuentren a su paso —y si es en la playa y con testigos, mejor, aumenta el morbo— o los estudiantes con beca Erasmus, que si bien aprenden poco o nada, ejercitan los abdominales y otros músculos.

Esta moda de sexo hasta reventar viene de por allá los años sesenta del siglo XX, en que las revueltas por los derechos civiles en EEUU y posteriormente contra la guerra de Vietnam hizo que los políticos se espabilaran para deshumanizar a la turbamulta que había despertado de su letargo. Para tener entretenida a la plebe, se

relajó la moral –la moral se relaja o endurece desde el Estado, ya dijo **Karl Marx** que *la moral de la clase dominante es la moral dominante*– se les dejó fornillarse a quien quisieran, mostrar el tetamen en público, se les proporcionaron anticonceptivos, se les permitió drogarse hasta la tumba, y una vez que los amos vieron que el sistema funcionaba, para acabar de adocenas sus mentes, se les dieron los precios bajos; productos de mínima calidad, a precios que pudiera pagar el lumpen; en resumen, un sucedáneo de vida, para que no molesten.

Cuando el cineasta **Manuel Gutiérrez Aragón** presentó mi novela, *Dinero, mentiras y realismo sucio*, afirmé que en nuestro tiempo **Madame Bovary**, **Anna Karenina** y **La Regenta**, serían santas; y me dio la razón. Aún se lo agradezco. Algunos pensarán que esta es una postura conservadora, pero no pienso debatir con quien piense algo así.

La referencia al sexo como modo de perder la propia conciencia, de placer para quienes no pueden encontrar placer en el intelecto, el recuerdo de las grandes “malvadas” del siglo XIX, viene a cuenta del “Atlas municipal de la mortalidad por cáncer en España del Instituto de Salud Carlos III”, dependiente del ministerio de Sanidad. Ya sabíamos que el sexo descontrolado era sinónimo de SIDA, –los medios de comunicación llevan décadas aburriéndonos con sus sermones al respecto– como si pudiera ser que las plagas bíblicas fueran ciertas, pero llama la atención en este Atlas la gran incidencia de cáncer de cuello de útero, provocado por el virus del papiloma humano, en las zonas costeras españolas del Mediterráneo, algo que se vincula con la promiscuidad sexual derivada del turismo. Sabíamos que drogarse era malo, que beber era malo, que fumar era malo, que conducir deprisa era malo, que no se puede respirar cerca de un juguete construido en China, que vivir era malo, pero ahora no podremos olvidar que el acto sexual puede ser cancerígeno.

Dado que la gran mayoría de los que practican esa promiscuidad sexual no leen un periódico, y mucho menos un libro, por ahora la información no afectará mucho en las costumbres. Pero

como las televisiones comenten la noticia, como muestren un primer plano de un cuello de útero con cáncer y a unas cuantas mujeres llorosas diciendo “yo era más promiscua que una mona, y por mis *pecaos*, miren lo que *m’ha pasao*” puede venir una generación de jóvenes castos, que no fornifollen más que con su pareja, a los que puede darles por pensar, por leer, por concienciarse, y sin darnos cuenta, pueden hacer la revolución. Con lo tranquilos que estábamos yendo al supermercado a comprar cerveza para ver el fútbol.

Menos mal que los amos del mundo ya tendrán algo preparado por si llegara ese momento.

*(Artículo de la Agencia Fax Press publicado
en diversos diarios)*

Yo también era joven promesa (*Carta a Rafael Reig*)

De Rus llamando al planeta Tierra; **Reig**, yo también he recorrido el trayecto que va de “joven promesa” a “malogrado”, sin parada en ninguna de las estaciones intermedias. Por poco soy cuarentón, y –más que resentido– encabronado con la realidad. Me parto de ver qué libros y qué autores son criticados en los suplementos literarios (a.– de editoriales que pagan publicidad; b.– de editoriales que pagan viajes cenas y maletas; c.– de amiguetes; d– y último, a los autores que no queda más narices que hacerles una crítica porque tienen 60 años y prestigio y “a ver cómo no se le saca”) y me parto cuando un crítico dice en privado que el libro de XXXXXXXX (por ejemplo) es una basura, pero en la crítica escribe como mucho que se esperaba más de XXXXXXXX, no sea que luego la editorial del autor o autora conceda un premio muy importante y tu revista no tenga una entrevista con el ganador.

En **Ediciones Irreverentes** nos hemos juntado varios autores como servidor, finalistas de cientos de premios, redivivos tras curiosas cartas de directores literarios llenas de faltas de ortografía, y nos hacemos compañía y contamos chascarrillos. Y disfrutamos de la literatura sin importarnos las verdades oficiales. Y le voy a confesar algo; cuando se dice que algunos autores venden más de 5.000 ejemplares y sabes que sus editoriales están saldando sus libros a menos de 80 céntimos a los 2 años justitos de publicarlos, te partes de risa de todos los Premios literarios de “prestigio”, de los faralaes de la industria editorial y de las reputaciones. Item más –o como leches se diga– cuando uno habla con editores en privado y te lloran en el hombro lo mal que va todo y cómo ese autor tan famoso “no vende una mierda” te importa menos no ser nadie y que los dominicales no te saquen junto a alguna moza teñida convertida en famosa de cama en cama, porqué para qué narices vas a

salir al lado de esa, si te puede pegar un virus y lo único que tienes medio bien es la salud física, que no la del alma.

Todas estas palabras, **Reig**, para decirle, que *pa qué* agobiarse. Se toma unas cañitas fresquitas, se da una vuelta por los tugurios que hay entre la Castellana e Infanta Mercedes, se hace una escapada a París, a comprar libros de segunda mano en Saint Germain des Près, y se ennovia con una princesa nórdica, que hay muchas por ahí que a lo mejor quieren bailarse un fandango. Y cuando vuelva, verá cómo le da igual si se mosquea alguien por sus críticas, el nuevo Premio Nacional de Literatura en bable o caló, e incluso la lista de libros más vendidos. Más se vende el papel Scotex y no por ello queremos hacerle competencia. ¿No?

Pues eso, hijo, que la paz del señor sea con su espíritu. Y no se deprima, hombre, que no sabe cuánto engordan el Trankimazin, el Tofranil y otras drogas necesarias para soportar la realidad.

Chau.

Carta a Rafael Reig publicada en El Cultural
(<http://www.elcultural.es>)